

## Trigésimo primer domingo del Tiempo Ordinario C2022

El evangelio de esta mañana habla del encuentro de Jesús y Zaqueo. Para comprender el sentido profundo de este encuentro, es bueno comenzar con el contexto de la sociedad israelita.

La sociedad de Israel, de hecho, era una sociedad muy estructurada. Todo fue concentrado sobre la Ley de Moisés y la Alianza con Dios. La gente tenía que tomar una decisión clara en su vida a favor de Dios o en contra de Dios, vivir según su Ley o independientemente de ella.

Estar con Dios significaba elegir su Ley, respetarla y vivirla cualesquiera que fueran las circunstancias de la vida en las que se encontraba. Vivir independientemente de la Ley y sin observarla era señal de que a uno no le importa Dios. Por lo tanto, era un rebelde y un pecador. Por eso en Israel había una estricta división entre los buenos y los malos, los justos y los pecadores.

Pero, como toda la sociedad era religiosa, significaba también que la gente mala y los pecadores eran rechazados y odiados por todos. La lista de los malos era larga; pasó de la gente sencilla que no respetaba la Ley de Moisés a los judíos colaboracionistas con los romanos.

Desafortunadamente, Zaqueo estaba entre esa categoría de personas porque era un publicano, un recaudador de impuestos. Como tal fue rechazado, aislado y viviendo en su propio mundo, tal vez sin más amigos que los de su profesión. Era rico, pero de las riquezas acumuladas por el fraude y la extorsión a costa de su propio pueblo.

Ciertamente escuchó a Jesús y su enseñanza; en su corazón quería verlo. ¿Qué hacer, entonces, en tal contexto de rechazo y aislamiento? Es aquí que su imaginación acudió en su ayuda: subir a un árbol. ¿Por qué, entonces, subir al árbol? El Evangelio dice que porque era de baja estatura. Pero también creo que donde nuestra naturaleza humana se queda corta, la gracia de Dios puede obrar milagros dentro de nosotros para que lleguemos a la salvación que Dios quiere para nosotros. Cuando estamos abiertos a Dios, cuando lo buscamos con sinceridad, cualquiera que sea nuestra situación de pecado, acaba viniendo a nosotros y nos consuela.

Ahora queda claro por qué ha existido ese árbol. Estaba allí con el propósito de servir a la salvación de un alma perdida. Creo que todo lo que existe en el mundo tiene un propósito; se puede que no le sabemos, pero no por ello menos real. Como el árbol de Jericó, existimos para el propósito por el cual Dios nos ha creado. El esposo que tiene está ahí para el propósito que Dios quiso lograr en su vida; la esposa que tiene hoy está ahí para el propósito que Dios quiso lograr en su vida. Los hijos que tiene están ahí para el propósito que Dios quiso lograr en su vida. Todo es gracia; todo es providencial. Hay una razón por la que las cosas existen aunque no sepamos por qué.

Como Zaqueo anhelaba en su corazón ver a Jesús, sabía que la vida está llena de oportunidades, pero esa era única; fue suya; no quería perderse. De hecho, no se decepcionó porque Jesús se detuvo y lo miró y fue a comer a su casa. ¿Qué milagro? Un hombre rechazado, un alma perdida y pecador se convierte en la hueste de su Señor sin pecado.

Lo que Jesús ha hecho por Zaqueo, lo puede hacer por mí y por usted; la clemencia que ha mostrado a Zaqueo la puede mostrar a usted y a mí también. Como lo ha hecho en el

pasado, lo hace también hoy porque es el mismo hoy, mañana y pasado mañana (Hebreos 13:8).

Ahora, pasemos a lo serio: ¿Por qué Jesús fue a comer a la casa de Zaqueo que era un pecador público? ¿No podía fingir que no sabía que era uno? No; ciertamente lo sabía todo; vio el anhelo de su corazón y respondió con amor, compasión y perdón.

Jesús fue a casa de Zaqueo para llevarle el rostro de su Padre, el amante de las almas. Cuando un alma se pierde, el Padre está triste; cuando un alma es rescatada, el Padre está feliz. El Padre tiene misericordia de todos; aparentas no ver los pecados de los hombres, para darles ocasión de arrepentirse. Él va corrigiendo los pecadores poco a poco, los reprende y les trae a la memoria sus pecados, para que se arrepientan de sus maldades y crean en él.

Al ir a la casa de Zaqueo sin importar la opinión de la gente, Jesús muestra que la misericordia de Dios prevalece sobre los pecados humanos. Si no fuera así, no tendría sentido que fuera a la casa de Zaqueo mientras todos lo tenían por pecador público. Pero significa también que aun cuando la sociedad nos juzgue como un pecador público o que rechace a alguien como un criminal notorio por las cosas malas que ha hecho, esa persona todavía cuenta para Dios. Dios no nos juzga de la misma manera que lo hace la sociedad.

Este punto es muy crucial para nuestra relación con Dios. Tenemos que entender que el amor de Dios por nosotros es incondicional. Incluso cuando somos malas personas, él todavía nos ama. En ese sentido, nadie tiene derecho a despreciarse a sí mismo por las cosas malas que haya hecho en su vida. Nadie tiene derecho a detestar a algunas personas porque son malos. También creo que es importante perdonarnos a nosotros mismos porque Dios nos perdona. Quien no se perdona a sí mismo por el mal que ha hecho en su vida, nunca apreciará el perdón de Dios.

¿Significa que porque Dios nos perdona, el pecador morará en sus pecados? No. El pecador tiene que cambiar y abandonar sus malos caminos. Tiene que enmendar sus pecados. Eso es exactamente lo que ha hecho Zaqueo al comprometerse a dar la mitad de sus riquezas a los pobres y la otra mitad para restituir el fraude que practicó. Por eso, cuanto más nos perdona Dios, más tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados.

Ahora permítanme concluir: Zaqueo era un hombre rico y exitoso. Materialmente hablando, había triunfado en su vida y en su profesión. Sin embargo, a pesar de sus riquezas y éxitos, no era feliz; algo faltaba en su vida. Esta es la razón por la que quería ver a Jesús. Tenía razón, porque solo Jesús puede saciar el hambre de nuestro corazón. Sólo Dios puede darnos la verdadera alegría que nadie nos puede quitar. Abrámonos a él y anhelemos como Zaqueo nuestra salvación. ¡Dios los bendiga!

### **Sabiduría 11: 22-12: 2; 2 Tesalonicenses 1: 11-2: 2; Lucas 19: 1-10**



Fecha de la Homilía: el 30 de Octubre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20221030homilia.pdf